

Sin
maíz
no hay
país

CULTURAS
POPULARES
DE MEXICO



Sin maíz no hay país

GUSTAVO ESTEVA
CATHERINE MARIELLE
Coordinadores

25
años
Dirección General de Culturas
Populares e Indígenas
1978 - 2003

 **CONACULTA**
HACIA UN PAÍS DE LECTORES

 **MUSEO NACIONAL DE
CULTURAS POPULARES**

 **CONACULTA**
CULTURAS POPULARES E INDÍGENAS

Sin maíz no hay país



Primera edición, 2003

Producción

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Culturas Populares e Indígenas

D.R. © Dirección General de Culturas Populares e Indígenas
Av. Revolución 1877, 6° piso, San Ángel, C.P. 01000
México, D.F.

© Museo Nacional de Culturas Populares
Hidalgo 287, Col. Coyoacán, C.P. 04100
México, D.F.

Diseño y formación

María Luisa Martínez Passarge

Edición y corrección

José Vicente Anaya

ISBN 970-35-0434-5
Hecho en México

Cuatro mitos mesoamericanos del maíz

Alfredo López Austin



Hay historias que se miden por milenios. Las forman actos infinitesimales pero que, al ser perennes, transforman profundamente a los sujetos. Así es la historia que enlaza al maíz y al ser humano. Gracias al vínculo, ambos actores adquirieron muy diferente naturaleza. La unión penetró en la intimidad molecular del maíz hasta hacerlo más útil para el hombre, más inútil para sí; esto es, lo domesticó. También domesticó al hombre, modificando su carácter social. Empezó por cambiar sus costumbres de recolector para conducirlo hacia la práctica del cultivo. Siglos después de que el ser humano se iniciara en la reproducción y el cuidado de su alimento, la dependencia lo hizo sedentario, agricultor, y con ello vecino más próximo a sus semejantes, dialogante más intenso, ser más imaginativo. La asociación entre el maíz y el ser humano también modificó el espacio. El hombre arrebató a los bosques segmentos para la labranza, desvió el curso de las corrientes, arenó pantanos, llevó otros vegetales domesticados al plantío. El maíz incitó al robo a múltiples especies de bichos, aves y mamíferos rapaces que desde entonces se habituaron a la cercanía de la milpa. Juntos hombre y maíz hicieron su morada.

Sin embargo, el agricultor no se conformó con construir su propio ámbito. Como lo habían hecho sus antepasados recolectores y cazadores, modeló el otro ámbito, el paralelo, invisible, sutil y maravilloso; pródigo a veces y avaro en otras; a veces amoroso y en otras terrible. Reprodujo en este ámbito su naturaleza psíquica y su nueva condición social. Se retrató en dioses que lo escuchaban, que se condolían ante sus súplicas, que le reclamaban los lazos de la reciprocidad. Para él y para el maíz tejó la tupida red que entrelaza ambos ámbitos y habló a los dioses y de los dioses con la palabra, con la música, con la danza, con la ofrenda, con el manejo de los colores y los volúmenes, con el llanto y los suspiros de esperanza.



Uno de los entrelaces del ser humano —entre los más firmes y finos— es el mito. La diversidad del mundo encuentra su razón de ser en un tiempo prístino en el cual los dioses crearon cada ser mundano con las características inalterables de la clase. En el mito, los dioses son concebidos como personajes de ingenio o poder, animales parlantes, seres proteicos, protoastros, protohombres, protoanimales, protovegetales; envueltos todos en una dinámica que comprende la más amplia gama de las relaciones sociales. Sus múltiples aventuras desembocan en la adquisición de las particularidades esenciales de cada criatura. En el momento culminante un Sol primigenio, rector de los seres nacientes a los que ahora ilumina con sus rayos, fija las formas, seca los lodos, petrifica los montes e inicia el tiempo en la nueva dimensión de lo divino: el mundo de las criaturas.

Hay múltiples formas de expresión del mito; pero la más acabada es el relato oral. Las narraciones de los agricultores se dispersaron con las técnicas de cultivo, se arraigaron como las cañas mismas y se repitieron año con año en la inmensidad del tiempo. Los relatos variaron en las distintas regiones y

cada narrador vertió las hazañas con particulares tonalidades; pero siempre dieron razón de la realidad presente remitiendo al remoto origen del tiempo y del mundo. El mito unió el hoy y el principio con base en la su-puestamente invariable repetición de las esencias.

De esta manera, la historia de la unión entre el maíz y el ser humano se imaginó aún más antigua. Se trasladó más allá de la prístina aparición del Sol, relegándose al olvido los milenios precedentes de caza y recolección. El hombre otorgó al maíz el papel de protagonista en un buen número de relatos míticos, y dio con éstos explicación adecuada a las preguntas fundamentales de su relación actual con la planta.

Muchos de los mitos del maíz han venido repitiéndose desde una remota e imprecisa antigüedad mesoamericana hasta nuestros días, haciendo evidente la constancia de las preocupaciones vitales de los pueblos agrícolas. Del numeroso acervo pueden destacarse cuatro mitos que tratan de responder a sendas cuestiones cruciales.

1. *Sobre el origen del maíz*

Un documento de la Colonia temprana, publicado con el nombre *Histoire du Mechique*, recoge un mito de los pueblos nahuas que señala como origen del maíz el cuerpo mismo de un dios. Relata el mito que dos dioses, él llamado Piltzintecuhtli, ella Xochipilli, tuvieron por hijo a Cintéotl. El dios hijo —protoser vegetativo— se hundió en la tierra para producir diferentes vegetales útiles al hombre. Así, de sus cabellos salió el algodón; de una oreja, la planta llamada *huauhtzontli*; de la nariz, la chía; de los dedos, los camotes y del resto del cuerpo, otros muchos frutos. El más importante de todos, el maíz, brotó de las uñas del dios. A su creación más destacada debe el dios su nombre principal, Cintéotl (“el dios mazorca”), al que agregó el de Tlazopilli (“el señor amado”), debido al enorme valor de su herencia.

2. *Sobre el origen del hombre*

Los mayas de las tierras altas de Guatemala legaron uno de los más bellos relatos del origen del hombre, registrado en el *Popol vuh*. Según el relato quiché, una vez que los dioses creadores poblaron el mundo con los animales del cielo y de la tierra, pidieron a sus criaturas que los reconocieran invocando sus nombres; pero sólo recibieron por respuestas chillidos, graznidos y gorjeos. En castigo, los dioses enviaron a los animales a las barrancas y a los bosques, convirtiendo sus carnes en alimento.

Tras su fracaso, los dioses decidieron formar seres mejores: los humanos. En un primer intento, tomaron como materia prima la tierra; pero las nuevas criaturas se deshacían; carecían de fuerza y movimiento, tenían la vista velada, eran incapaces de reproducirse y, aunque hablaban, carecían de entendimiento.

Frustrados, los dioses los desbarataron e intentaron de nuevo perfeccionar su obra. Tomaron entonces la madera del colorín para formar el cuerpo del varón y la espadaña para el de la mujer. Los nuevos seres sí pudieron moverse, hablar y reproducirse; pero sus carnes estaban enjutas, sin sangre ni sustancia; no tenían alma ni entendimiento; no se acordaban de sus creadores y andaban sin rumbo sobre la tierra. Los dioses, decepcionados, destruyeron su creación.

Otra vez reflexionaron y discutieron, buscando en la plática la claridad de su pensamiento. Decidieron entonces enviar al gato montés, al coyote, a la cotorra chocoyo y al cuervo a traer las mazorcas amarillas y blancas de Paxil y Cayalá. Molieron el maíz, hicieron con la masa nueve bebidas, y con ellas crearon la carne y la sangre del primer varón y la primera mujer, su fuerza y su vigor. Las maravillosas criaturas fueron la primera madre y el primer padre, quienes pudieron reproducirse para llenar el mundo de seres que reconocen, alaban y alimentan con sus ofrendas a los dioses.

3. *Sobre la inclusión del maíz en el ciclo de la vida y la muerte*

Numerosos mitos actuales contados por muy diferentes pueblos —zoque-popolucas, tzotziles, nahuas, totonacos, tepehuas, huastecos, tarascos— relatan las aventuras de un personaje que recibe entre otros nombres los de Homshuk, Kox, Cintiopiltzin, Tamakastzin o, en español, Santo del Maíz o Espíritu del Maíz. Sus numerosas variantes enriquecen la literatura oral contemporánea con intensas y detalladas proezas del personaje, que cumple su papel cósmico al enlazar el ámbito de la muerte con el mundo de los vivos.

En un intento por resumir las múltiples versiones del mito, puede afirmarse que una joven —que puede aparecer como la hija de la Abuela Caníbal— tiene amores con un músico y queda preñada. El hombre desaparece en el País de los Rayos, víctima de los dueños de la lluvia. Nace el niño; pero es molesto a su madre, quien lo muele y arroja la masa al agua. La masa, convertida en un huevo, es descubierta en la corriente por la Abuela y el Abuelo. Los terribles personajes lo recogen y lo llevan a su casa con el propósito de devorarlo posteriormente. Del

huevo nace el niño, que crece rápidamente, burla las intenciones de sus abuelos canibales y va en busca de su madre. Más tarde se entera de que su padre está muerto y decide ir al País de los Rayos en busca de sus restos. Hace un difícil viaje y al llegar produce sonidos que molestan al Rayo Mayor. Éste lo manda aprehender y sus servidores lo encierran en sucesivos cuartos de tormento. El niño se libra del peligro, reta y vence en la lucha al Rayo Mayor, y con la victoria obtiene tanto el cuerpo de su padre muerto como el compromiso de los rayos de producir periódicamente la lluvia sobre la tierra. El niño resucita a su padre y lo lleva al mundo de los hombres. Sin embargo, un accidente impide que el regreso del padre sea definitivo. El padre, ya frente a su esposa, muere de nuevo o se transforma en carne para comer.

La clave del significado del mito se encuentra en la doble persona del maíz. Se lo identifica como el padre, “corazón” o esencia divina de la planta que desciende al mundo de la muerte; pero también como el hijo, poder germinativo que logra que su padre surja de nuevo al mundo de la vida, aunque sólo sea transitoriamente. La identidad entre ambos personajes se percibe en un bello episodio en que el hijo repara el instrumento musical de su padre para volver a tocarlo. La misma figura aparece en el *Popol vuh*: los segundos gemelos. Hunahpú e Ixbalanqué, reparan los instrumentos de sus padres (los primeros gemelos) para jugar a la pelota. La repetición de papeles disgusta, obviamente, a los señores de la muerte, que se molestan tanto por la música del hijo-maíz como por el ruido del bote de la pelota en el *Popol vuh*.

Con la resurrección y externación de su padre, el hijo provoca el movimiento cíclico de la vida y de la muerte, gracias al cual el maíz estará presente cada año, por siempre, en el mundo. Por ello en una de las



FOTO: M8

versiones del mito el niño recibe una revelación: “Hijo mío, . . . tú eres el santo y espíritu del maíz. Pues nunca morirás, porque tú servirás de alimento a todos los hombres en este mundo y por todos los lados de la Tierra, durante todos los años que exista el mundo.” Como episodio adicional, pero sumamente importante, nuestro héroe obtiene de los señores subterráneos las lluvias que permitirán la reproducción anual del maíz.

4. *Sobre la administración del maíz por los señores de la lluvia*

Para los mesoamericanos las riquezas del mundo —entre ellas las aguas y los “corazones” o esencias de las plantas— estaban distribuidas en cuatro bodegas subterráneas, repartidas por los cuatro rumbos de la tierra, al cuidado y bajo la administración de los dioses de la lluvia. Cada uno de estos dioses obraba de manera independiente en la liberación



de los bienes, con lo cual en cada temporada las lluvias y las plantas podían abundar en una región y faltar en las restantes.

La versión más famosa del mito se encuentra en un bello relato de la Colonia temprana, registrado en la conocida obra *Leyenda de los soles*. Allí se cuenta en lengua náhuatl cómo Quetzalcóatl descubrió que una hormiga cargaba un grano de maíz y, queriendo destinar la planta a la alimentación del hombre, descubrió el origen subterráneo del tesoro y promovió su ruptura, ya que en ese tiempo el gran depósito central no se había abierto para su distribución en el mundo. El más importante de los dioses de la lluvia, Nanahuatzin, acudió con sus hermanos, los *tlaloque* de cuatro colores diferentes, a la ruptura del cerro. Golpeó Nanahuatzin con su rayo la montaña del depósito y brotaron los mantenimientos, entre ellos el maíz como alimento primordial; pero los hermanos *tlaloque* se robaron toda la riqueza que salió del monte.

Pese a su belleza, el relato en lengua náhuatl registrado en *La leyenda de los soles* está incompleto. Por fortuna, decenas de versiones actuales —contadas por mayas yucatecos, mopanes, choles, tzeltales, tojolabales, mochós, kekchies, quichés, pokomames, cakchiqueles, mames, jalcatecos, achies, tzutujiles, chorties, pipiles, huastecos, totonacos, nahuas, mazatecos, cuicatecos, chinantecos, chatinos y chontales de Oaxaca— permiten reconstruir el mito antiguo. Con el robo, los dioses de la lluvia se llevan la riqueza hasta los cuatro depósitos de los cuatro extremos de la Tierra, caracterizados por su color propio. El protagonista, atontado por el golpe que dio sobre el encierro central, se recupera y se encuentra robado. Con astucia recobra su autoridad sobre sus hermanos, y les enseña las técnicas de cultivo del maíz para que ellos se encarguen de la reproducción anual de los mantenimientos en los cuatro cuadrantes de la Tierra. 